

JESÚS ÁVILA ÁVILA

Formado dentro de las primeras generaciones del Colegio de Historia de la UANL, se ha destacado por su labor a favor del desarrollo de archivos y la investigación sobre la historia regional que lo han llevado a publicar libros y presentarse en congresos, seminarios y reuniones nacionales e internacionales. Por esta trayectoria de más de 30 años, recibió un homenaje por parte de la Universidad en la pasada Feria del Libro.

14

MEMORIA / MAYO 2015

EDMUNDO DERBEZ GARCÍA

¿Cuáles son tus orígenes?

Mi familia es de Zacatecas pero emigró a Monterrey cuando mi padre se enganchó como brasero. Él vio que Monterrey era una tierra de oportunidad y fue así como llegamos a Monterrey en 1957, yo tenía dos años, éramos ocho hermanos, uno ya había fallecido. Mis padres tenían un tejaban por la calle de Isaac Garza, cerca de la Plaza de la Luz.

¿Consideras que tu entorno familiar te haya marcado?

Mis hermanos mayores, Luis, ya fallecido, y Antonio, que todavía vive, tenían en la casa donde vivíamos una peluquería, la peluquería se llamaba El Gol, era de barrio, tradicional en la colonia Moderna. Yo recuerdo que estaba pequeño, parte de mi trabajo era ofrecer mi servicio como bolero a los clientes y barrer el local. Era común, después de la jornada laboral, a eso de las nueve de la noche más o menos, que se armaran una suerte de tertulias con amigos del barrio, vecinos. Estamos hablando de la década de los sesenta.

Estaba muy reciente la Revolución cubana, y entonces parte de las discusiones, o parte de lo que se comentaba ahí, era justamente

de la Revolución cubana, de la Revolución mexicana y sobre historia. Uno de los animadores de estas discusiones, junto con mis hermanos, era Fernando Garza, padre de la historiadora Valentina Garza. Se discutía a veces acaloradamente, siempre en un tono amigable. Todo eso lo recuerdo bastante bien.

Siento que ahí se fue cultivando un influjo sobre la historia en general. Además, en un viejo radio Motorola, a eso de las 10 u 11 de la noche, sintonizaban Radio Habana Cuba. Y atentos escuchaban aquello. Todo eso a mí me fue marcando. A esa edad tenía unos 5 o 6 años.

¿Qué literatura se leía?

La literatura que ahí leían los clientes era la infaltable revista *Siempre*. Luego, apareció otra revista que se llamó *Sucesos*, además de que para la clientela había una suscripción al periódico *El Porvenir*.

¿Estabas por entrar a la primaria?

Yo nací en 1955. A mí me tocó entrar a la primaria en 1961. Y otra cosa que se me quedó, además de este ambiente en que se debatía y se discutía, fue la algarabía entre 1961 y 1962, en contra de la introducción de los libros de texto gratuitos al sistema



escolar básico. Recuerdo que por las tardes, casi a diario, había una campaña muy fuerte y pasaban camionetas con magna voz o perifoneando que los padres de familia deberían de rechazar esos libros.

Había avionetas que aventaban volantes. Todo eso generaba una gran inquietud, particularmente en mis padres. Todo aquello era un ambiente, digamos, nuevo porque mis padres tenían una gran influencia católica; veníamos de tierra de cristeros; mi padre no fallaba semanalmente a la iglesia Cristo Rey, que está sobre Villagrán. Ellos sí pensaban que algo pudiera ocurrir. Recuerdo que llegó a haber algunas pláticas entre mi hermano mayor, Luis, que tenía una actitud más abierta y mi padre, diciéndole que no iba a pasar nada de lo que pregonaban y amenazaban.

¿En la escuela hubo algún maestro que te haya influenciado?

En la secundaria, en primero y segundo año, cuando se dio el conflicto del 68 mexicano, había un maestro, Heriberto Guajardo, por cierto, primo de un alto funcionario de la actual administración federal, que nos daba Civismo. En esa clase se comentaba lo que estaba ocurriendo en ese momento, no solamente en el estado, sino en el país,

eran auténticos debates, se hablaba del 68, se hablaba de la Revolución.

La directora, Ernestina Garza Reyna, que tenía como 90 años, fue también una persona que influyó no nada más en mí, sino en toda la generación de educandos de la Secundaria No. 12, Dr. Gabino Barreda, que estaba en la colonia Juana de Arco, al nororiente de Monterrey, por la avenida Ruiz Cortínes y el antiguo camino a Santo Domingo. Fuimos la primera generación de la secundaria que se inauguró en 1967, fue una secundaria que se hizo desde abajo, de la nada y la directora fue una gran maestra en el sentido pleno de la palabra, fue una suerte de segunda madre.

Ella entusiasmó positivamente a toda la comunidad, padres de familia, maestros y alumnos para participar muy activamente en el proceso de construcción de la escuela, para gestionar pupitres y laboratorios ante las autoridades y realizar actividades para que la secundaria fuera un modelo. Además, era una excelente maestra de matemáticas, con ella aprendimos hasta los más renuentes.

Recuerdo también que dentro del grupo, cuando nos preparábamos para las clases de Matemáticas, Inglés o de Historia y Civismo, nos íbamos a estudiar a la casa de otro amigo, y el más brillante en un tema nos explicaba la clase y, para el caso de Historia, quizá por mi aversión a las Matemáticas, a mí me tocaba ser el mentor en ese modelo de escuela lancasteriana.

En la preparatoria te toca el proceso de cambio de la Universidad, ¿cómo lo viviste?

En la preparatoria fui de la última generación que hizo examen de admisión en 1970. Nos tocó presentar el examen de admisión en la Preparatoria No. 8, por Matamoros, frente a la iglesia de Los Dulces Nombres.

Luego se estableció en la Universidad el pase automático, y viene después el periodo de transición donde surgen fuertes conflictos, obviamente, la Preparatoria No. 8, como otras escuelas de la Universidad jugó un rol protagónico. Ahí nos tocó participar de una manera más activa, sin asumir liderazgo ni mucho menos, como uno más de muchos compañeros que participaron.

En la preparatoria hubo un maestro que tuvo una influencia, no sólo conmigo, sino con otros compañeros, Carlos Jiménez, que tenía una ideología política muy definida, militaba en el Partido Comunista que en esa época era una corriente política influyente en la Universidad, no sólo a nivel estudiantil, sino a nivel sindical y a nivel magisterial. A nosotros, a los 17 años de edad, se nos invitaba junto a otros compañeros a hacer círculos de estudio, leíamos textos de orientación marxista.

¿La preparatoria no la abandonaste?

Cuando tenía 17 años en 1972 muere mi padre, entonces, en esa difícil situación familiar, digamos que a regañadientes, terminé la preparatoria. No obstante que había la intención de seguir estudiando, tuvimos que entrar a trabajar varios años. Así era en las economías familiares.

Viendo en retrospectiva esa época, ¿qué reflexión te deja al final esa etapa de tu vida?

Yo creo que como jóvenes nos tocó vivir todas estas circunstancias de cambio, esa época convulsa de cambio y de alguna

manera tratamos de ser congruentes con ella, la vivimos muy intensamente. Sería muy aventurado emitir algún juicio, pero fue una época que de alguna forma nos marcó y que hoy en día, seguimos evocando.

¿Cuándo se abre la posibilidad de ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras?

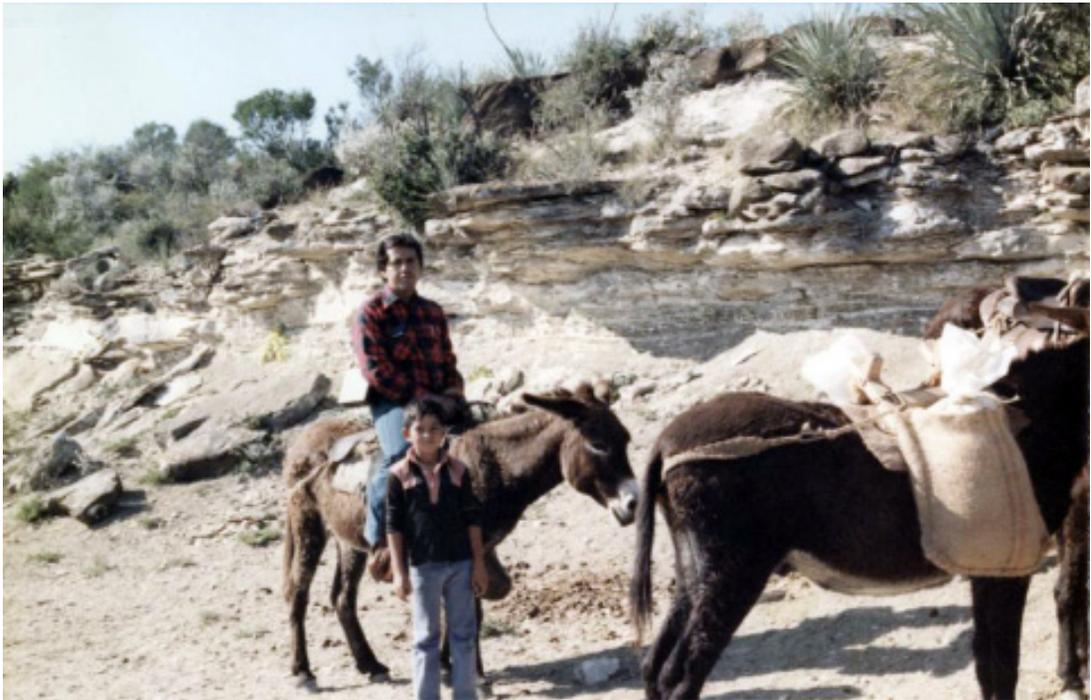
No fue sino hasta 1978 o 1979 que retomamos los estudios, para esa época se había creado el Colegio de Historia, pero seguimos trabajando en algunas fábricas, eran pequeñas factorías, no grandes factorías.

¿Tienes una activa participación en el Colegio de Historia?

Llegamos al Colegio de Historia participando activamente en los encuentros nacionales de estudiantes de historia. Ahí mismo, en el seno de la Facultad de Filosofía en el movimiento contra la alza de cuotas en la Universidad. En ese movimiento participaron escuelas como Economía, la Preparatoria No. 8, la Preparatoria No. 9, Biología, pero digamos que ese movimiento, de alguna manera, fue dirigido desde el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Como



En Bustamante, con Leonor Ponce, Ignacia Rodríguez y Luis Garza, del AGENL.



Ávila recorrió la geografía política de Nuevo León durante su labor en los archivos municipales.

consecuencia se dio algo que quizá muchos estudiantes desconocen, el sistema de becas que hoy en día tiene la Universidad se debe a ese movimiento. A partir de ahí se creó la posibilidad de que muchos estudiantes pudieran proseguir sus estudios con una beca. También las tarifas preferenciales de estudiantes en las rutas de camiones tienen que ver con los movimientos universitarios de los sesenta y setenta. El movimiento del 69 por la autonomía universitaria, aunque es muy aventurado decirlo, creo que su aliento termina en 1981 en el movimiento contra el alza de cuotas. Ahí se cierra un capítulo que se había abierto a partir de la lucha por la autonomía con muchos episodios en la década de los setenta. Finalmente, a principios de los ochenta, se crea otro modelo de Universidad que hasta la fecha prevalece.

En el Colegio de Historia se participaba y se debatía mucho, de pronto parecía que más que estudiar la historia, queríamos hacer la historia. Ahí conocimos a otros

compañeros como Meynardo Vázquez Esquivel, a Benjamín Palacios, Rogelio Flores, Marcos Tamez, Antonio Olvera, Humberto Salazar; aunque algunos estaban en otros colegios, recuerdo que ante un movimiento así, contestatario, en el seno de la universidad, se dio en 1981, en contra del movimiento del alza de cuotas.

¿A qué maestros recuerdas?

Había maestros como Mario Cerutti, Doménico Síndico, Guillermo Beato, Herón Pérez, Mario Pérez, que era maestro de Metodología; había una pléyade de buenos maestros. Y todo esto con el activismo docente, no solamente en el activismo sino en las ideas, que nos enriquecían. De pronto las clases con algunos de estos maestros eran parlamentos donde todos participaban y discutían,

¿Cuando llegas a la Facultad eras mayor en relación a los demás compañeros?

Cuando llegué a la Facultad, el primer grupo éramos como 40 en el primer semestre; había aquellos que recién acabaron la preparatoria que no llegaban a la veintena de años y hasta aquellos que teníamos más edad. Esa era una amalgama interesante que se daba en el seno del Colegio de Historia, era un grupo heterogéneo.

En lo académico, ¿cómo estaban los trabajos?

No voy a decir que fui un estudiante ejemplar ni mucho menos, pero la misma planta docente competente nos obligaba a las lecturas, a los trabajos, a tratar de ser buenos estudiantes de historia. Por Mario Pérez y Mario Cerutti nos dimos cuenta de la existencia de los archivos, lo que metodológicamente se llaman fuentes primarias. Con Mario Cerutti y Mario Pérez en la materia de Metodología era obligado ir al Archivo del Estado para hacer algún trabajo o alguna ficha metodológica. Para mí el archivo histórico fue un descubrimiento.

¿Antes de trabajar en el Archivo estuviste trabajando en la Facultad de Agronomía?

Un buen amigo que en ese tiempo era subdirector administrativo, José Luis Cantú, nos brindó la oportunidad de trabajar en Agronomía cuando estaba en Marín, N. L., como jardinero y con la expectativa de buscar luego la manera de entrar a trabajar a la biblioteca. Recuerdo que el primer día de labores hasta fiebre me dio, pero yo nunca había hecho trabajo en el campo. El chiste era entrar y ya estaba adentro. Todos los días íbamos a Marín, la flotilla de camiones

de la escuela salían de distintos puntos en la ciudad. Uno tenía que trasladarse al punto donde recogían y ahí nos trasladaban a la Facultad para llegar a las siete de la mañana. En ese camión se trasladaban trabajadores y estudiantes de la Facultad. Y el retorno era igual, al terminar el turno como a las cinco de la tarde. Esa era la rutina, ir y venir en la semana.

¿Qué labor desarrollaste como jardinero?

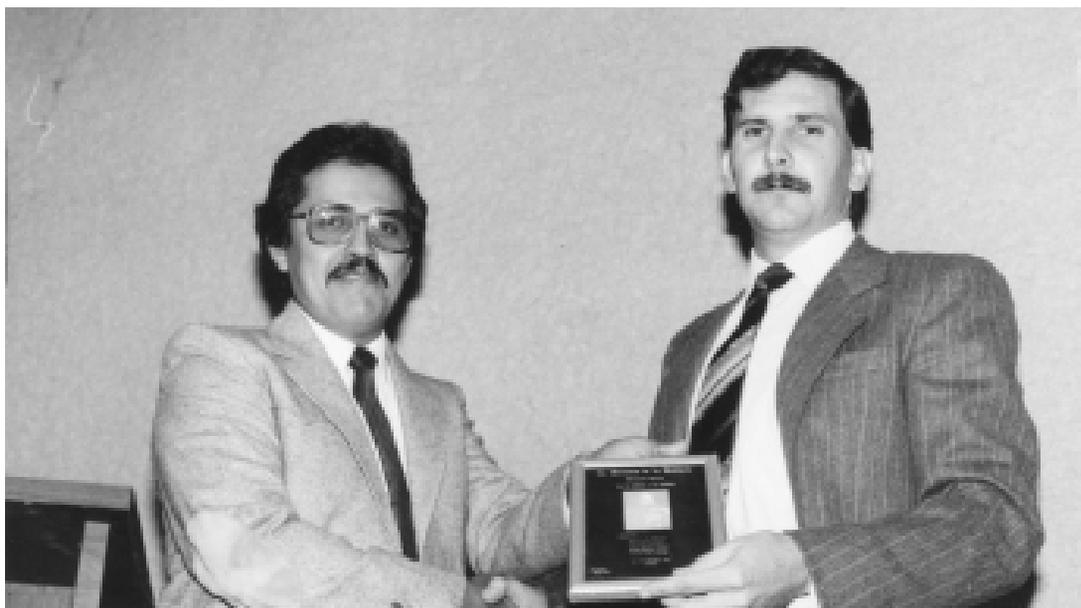
Era ayudante de jardinero; nos ponían a limpiar y mantener en buen estado los jardines, a quitar a mano limpia el zacate “gringo”, así le decíamos, un zacate feroz, porque te salen “ampollas”. Recientemente estuve en la Facultad de Agronomía y vi que se conserva una suerte de jardín botánico con plantas de la región, yo me acuerdo que en esa época nos tocaba cuidarlo y conservarlo.

¿Cómo se dio la oportunidad de trabajar en el Archivo del Estado?

En Agronomía faltó un movimiento y me iba a la biblioteca, nos hubiéramos quedado en la Universidad, pero no se dio; fue cuando salió la oportunidad del archivo en 1984.

Un día, una entrañable amiga y compañera, Irma Ponce, nos platicó de la posibilidad de laborar en el Archivo General del Estado. Una de nuestras maestras en la facultad era María Eugenia Ramírez España, que además de dar clases de Historia de México, era jefa

Con el historiador Héctor Mario Treviño Villarreal.



en el Archivo Histórico del Archivo General del Estado. Pero por quien nos enteramos de la oferta de trabajo fue por Irma Ponce. Cuando ya era firme lo del Archivo, como había confianza y amistad con José Luis Cantú en Agronomía, le comenté. Y dijo: “es próxima la posibilidad de que te pueda abrir la plaza en la biblioteca, pero si tú quieres ir al archivo, adelante”. En buenos términos salimos de la Facultad de Agronomía y así fue como llegamos al Archivo General del Estado que en ese tiempo estaba en Washington y Doctor Coss.

¿Qué labor desarrollaste al inicio?

En el inicio nos tocó trabajar en el área de los archivos municipales, que básicamente se dedicaba al rescate de archivos históricos. En ese tiempo estaba al frente Meynardo Vázquez Esquivel y otro archivista ya fallecido, entrañable amigo y compañero, Agapito Renovato Zavala y después Eusebio Sáenz.

Gracias a eso descubrí Nuevo León porque el trabajo consistía en recorrer la geografía política del Estado, desde Lampazos hasta Doctor Arroyo. Nos íbamos días y a veces hasta semanas trabajando en la organización y clasificación del archivo. De hecho, cuando entré al Archivo había dos personas que me llevaron de la mano, y no nada más a mí, a todos, ellos fueron Agapito Renovato Zavala y Eusebio Sáenz.

Este trabajo era un área de apoyo y asesoría permanente que tenía el archivo, y por ahí pasamos varios compañeros como Meynardo Vázquez, César Morado Macías, Juan Gregorio García, Margarito Reyes, en fin. La directora era Leticia Martínez Cárdenas. Ella fue primero mi jefa y luego entrañable amiga, aún después de que salió del Archivo en 2001, mantuvimos la comunicación, además de que trabajamos en algunos proyectos no solamente de carácter archivístico, sino de carácter histórico.

En cuanto a la investigación, ¿cuándo incursionas en ésta?

Si bien es cierto que en 1974 se crea el Colegio de Historia, y de ahí una plataforma para la profesionalización de los historiadores, cuando Leticia Martínez Cárdenas llega al Archivo crea un área de investigación, algo

inusual; entonces establece una relación entre el Colegio de Historia y el Archivo, me acuerdo que los compañeros tomaban clases hasta las once de la mañana en la Facultad y luego se trasladaban al Archivo General del Estado para cumplir la jornada hasta las tres de la tarde. Incluso, se tocaban temas de historia regional que en el Colegio mismo no se abordaban, eso empezó a darle otro giro a la labor investigativa porque el archivo, sin ser un centro académico, empezó a hacer investigación, a publicar, a difundir, a hacer seminarios de historia. El Archivo comenzó a tener un papel y un rol social muy interesante en lo que se refiere a la difusión de la historia, y esto se hizo con Leticia Martínez Cárdenas que lamentablemente falleció, pero algún día se habrá de reconocer el trabajo que realizó al frente del Archivo durante 21 años.

A nosotros nos tocó la fortuna de ser parte de ese esfuerzo junto a compañeros como Héctor Jaime Treviño Villarreal, Antonio Olvera Sandoval, Meynardo Vázquez Esquivel, Daniel Sifuentes, Carmen Jiménez, Irma Ponce, César Morado, todos ellos con formación en el Colegio de Historia.

¿Cuáles son los temas que en particular te han interesado?

Por ejemplo, la Guerra México-EEUU entre 1846 y 1848, es un tema que siempre estuvo latente; en el Archivo se dio la oportunidad de que se publicara una obra que quizá tenga muchas cosas que cuestionar si se revisa 10 años después. Lo interesante de esta obra es que Leticia Martínez, César Morado y un servidor, levantamos tres mil registros documentales sobre la guerra pensando que no había mucha documentación de la época; nos dimos cuenta a partir de este trabajo que hay una masa documental enorme. Otro tema que nos llamó la atención fue la Revolución Mexicana. Nos tocó la oportunidad de colaborar en la investigación y edición del Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana junto a Mario Treviño, Héctor Jaime Treviño y César Morado, bajo la coordinación de Leticia Martínez Cárdenas. Otro tema que siempre nos ha interesado es la década de los sesenta; tuvimos la oportunidad de reflexionar sobre esta época a partir de

la incursión de los libros de texto gratuitos, y recientemente, sobre un personaje local que tuvo una trascendencia general como fue Santiago Vidaurri; nos tocó participar en la obra *Santiago Vidaurri: la formación de un liderazgo regional desde Monterrey (1809-1867)*, enmarcado en el siglo XIX, en el proceso de formación del estado y el conflicto no resuelto del Estado versus región.

¿En este sentido son trabajos revisionistas?

Sí, yo creo que con relación a la Guerra México-EEUU y el siglo XIX, particularmente con Santiago Vidaurri y su contexto comenzó un movimiento historiográfico revisionista a partir de la década de los noventa, de modo que el conocimiento que tenemos es mayor que el que había de 1848 a 1998. Y sobre Vidaurri podemos decir lo mismo,

Jesús Ávila también ha sido un difusor de la historia. Arriba, junto a Martín Saláis, entrevistado por Reynol Guerra. Abajo, conversa con Carlos Gómez.



desde la publicación del trabajo de Mario Cerutti, *Economía de guerra y poder regional* se han publicado catálogos, libros y siguen apareciendo obras, pero hacia 2006 y 2007 con la mera insinuación de que estábamos trabajando el personaje, tanto a Leticia Martínez, a César Morado y a un servidor nos habían quemado por la prensa. En ese sentido pensamos que hemos contribuido a revisar algunos acontecimientos locales que era necesario hacer.

¿En el futuro, qué temas te gustaría abordar?

Estoy pensando en el siglo XX, particularmente del periodo de los cuarenta a los setenta, hay un vacío que existe. Los sesenta es una década

Jesús Ávila Ávila es jefe de la Coordinación de Archivos Administrativos y/o Contemporáneos del AGENL.

bastante interesante. Héctor Jaime Treviño Villarreal ha planteado a los historiadores dedicarnos a la historia contemporánea. Falta mucho por seguirnos ocupando de la historia colonial o del siglo XIX y de la Revolución, pero mucho más falta por hacer en el siglo XX, sobre todo en la reflexión no sólo política, sino culturalmente, ver en qué medida las rupturas nos han marcado hasta nuestros días. Pienso que es un periodo que se debe documentar, que se debe historiar.

De pronto nos damos cuenta de que hay temas como el de los braceros, una población flotante en la ciudad mientras se enganchaban a trabajar en los campos agrícolas de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra de Corea. Son temas que están ahí. A mí en lo particular me interesan los sesenta, pero hay que abrir la banda del tiempo desde los cuarenta hasta los setenta. Es difícil que nos alcance el tiempo, pero ahí está la intención.

